

Calvo-Sotelo hace balance de su año y medio de gobierno, en declaraciones exclusivas a José Luis Gutiérrez

Acaso sea la inminencia de su relevo —apenas dos meses le quedan de permanencia en la Moncloa— lo que ha convertido a Calvo-Sotelo en un personaje inesperadamente distendido y hasta sonriente, como demuestra esta rara entrevista que el presidente del Gobierno mantiene con José Luis Gutiérrez. Los últimos días de un presidente que accedió a la más alta magistratura ejecutiva de la nación, no por el mandato de las urnas, sino

por la complicidad fortuita de los hados, se desgranán, pausadamente, bajo los plátanos otoñales de palacio. Es el Leopoldo de siempre, aparentemente rígido, agudo, con un humor sutil, de porcelana, no siempre perceptible. El tuteo fluye con naturalidad en la conversación —que a veces se tensa imperceptiblemente por las aristas de una pregunta—, aunque la dignidad del cargo reclame el «usted» presidencial para las transcripciones.

La Moncloa es un palacete minúsculo, casi una bombonera. Apenas, en su planta baja, hay lugar para el despacho presidencial y el de ayudantes, junto al del imprescindible Luis Sánchez Merlo, responsable de rotos y descosidos.

El amplio hall de las columnas, la decoración recargada, de saloncito galante, espejos, cornucopias y panes de oro. En un ala, el despacho que construyera para sí el anterior inquilino, Adolfo Suárez, una estancia «rupturista» en relación con el resto del edificio, fría, vacía, «ejecutiva», geométrica. En la planta superior, la vivienda presidencial, y poco más.

Silencio, soledad y cada cosa en su sitio, salvo una gigantesca fotografía en color, de más de dos metros, del inquilino de la casa, arrumbada en una esquina, leve toque surrealista, como un decorado abandonado por Fellini.

Estamos, obviamente, en campaña, y hasta la casa del presidente se contagia de estas juveniles y ajetreadas provisionalidades, de urgencia y desórdenes electorales.

Llega el presidente. Ciertamente, Calvo-Sotelo es codiciada presa para los victimarios de la Nikon; el ensayo de Susan Sontag, «On photography», debería incluir el «paradigma Leopoldo» en la abultada casuística de impotencias y hasta de injusticias acreditadas a la fotografía como arte y como testimonio. La semántica de las lentes no es aún un lenguaje suficiente como para retratar los espíritus, o al menos espíritus tan refinados como el de Leopoldo.

La apresurada fisonomía que de él conservamos es la de su impavidez de cera, de museo, la inmovilidad de «ninot», la expresión inconfundible: la frente, surcada por anguladas arrugas en delta, como acentos circunflejos; el ceño, levemente fruncido, como el entrecejo de un Citroën. Arrugas que acaso traduzcan una suave soledad, un tenue infortunio. Detrás, sin embargo, está el Leopoldo auténtico, su sarcasmo de muchos quilates, ese raro humor anglogallico, no siempre perceptible la cordialidad atisbada y distante, una inesperada ternura y su muy bien disimulada timidez para desmentir el estereotipo de un Leopoldo inerte, hierático, de hombre de hielo, ya con un pie en el estribo.

Hablamos ante la presencia silenciosa de Sánchez Merlo y los jadeos de fumar exagerado de Ignacio

LOS ULTIMOS DIAS DE UN PRESIDENTE



También las elecciones han llegado a palacio. El enorme retrato pone un toque felliniano en la sala de columnas.

Aguirre. El diálogo —no sé si a causa de la inminencia del relevo—, tiene lugar con un presidente inesperadamente jovial y desinhibido. El tuteo fluye con naturalidad en la conversación —que a veces se tensa ante las aristas de una pregunta—, aunque la dignidad del cargo reclame el «usted» para las transcripciones.

J. L. G. — Yo percibo una cierta sensación de soledad en usted, señor presidente, en este ambiente, y en este momento...

C.-S. — Se me ocurren dos reflexiones. La primera, que el que manda está siempre solo a la hora de decidir, la soledad acompaña casi siempre a las personas con responsabilidades importantes.

(Aquí el presidente recurre a una de sus debilidades: la cita erudita. El turno en esta ocasión corresponde a Vigny, cuando habla de Moisés, «poderoso y solitario».)

La segunda parte de la respuesta —añade— se refiere más a mi circunstancia concreta. Dentro de un partido como UCD, en el que siempre ha habido corrientes, yo nunca he pertenecido a ninguna de ellas. Sólo he sido de UCD; y desde 1977. Y me tocó hacer el papel —ya he hablado de ello otras veces— del clavillo del abanico que sujeta a todas las varillas.

La función que me correspondió me impedía formar parte de cualquiera de aquellas varillas.

J. L. G. — Quizá en estas circunstancias, la proximidad del relevo, etcétera, acentúe esta soledad consustancial al poder. Pero, siendo Calvo-Sotelo el presidente de Gobierno, que, sin embargo, aparece en las listas de su partido en el número dos del «ranking», ¿no podría decirse que es us-

ted un político que no presenta batalla, muy proclive a las abdicaciones, a las renunciaciones?

C.-S. — Decir eso de quien tiene la trayectoria personal y política que yo tengo no parece que sea sostenible. Yo no he dicho nunca que no, a nada. He aceptado los retos como me han ido viniendo, con responsabilidad. Para citar sólo algunas: he sido ministro de Comercio, ministro de Obras Públicas, portavoz parlamentario, ministro de las Comunidades, vicepresidente económico y presidente del Gobierno... Esta historia responde, yo creo que negativamente, a esa pregunta. No he dejado nunca sin atender un reto.

Habilidad

J. L. G. — Yo creo, presidente, que tiene usted una habilidad realmente diabólica para revertir los hechos con las interpretaciones más convenientes a su propio interés personal y político.

C.-S. — Nunca me habían dicho esto. Lo que yo sé desde hace mucho tiempo, y saben los hombres nada menos que desde *Homero*, es que las cosas están hechas para ser contadas. Por tanto, soy bastante fiel a esa norma de dar mi propia versión de los hechos...

J. L. G. — Pero con una enorme habilidad; el presidente es un gran narrador.

C.-S. — Agradezco lo que haya ahí de elogio, pero no lo creo. Yo procuro hablar con sinceridad y con precisión.

J. L. G. — Creo que vamos a tener ocasión de comprobar todo esto ahora. Por ejemplo el presidente Calvo-Sotelo tiene fama de haber pronunciado frases que con el tiempo han resultado inoportunas.

C.-S. — Hombre, no. Lo que sí puedo haber tenido es una cierta tentación por la frase... Probablemente —si se me anima a una confesión, a un análisis introspectivo—, porque yo tengo desde niño una gran vocación literaria, frustrada, pero viva, que tengo una cierta satisfacción cuando se me ocurre alguna frase especialmente gráfica, certera o aguda. Creo que a los periodistas o a los escritores les ocurre algo parecido. Es cierto que circulan por ahí ciertas frases que yo he dicho y a las que se ha atribuido un significado que no tienen. ¡Inoportunas?



Me resisto a creerlo. ¿Gafes?, la expresión no me gusta. Más vale que no aparezca en la entrevista...

Frases...

J. L. G. — No, me refiero a ciertas frases que si el presidente tuviera ocasión de hacer girar la moviola, posiblemente no las hubiera repetido. Por ejemplo, cuando el «frenazo» de Giscard al ingreso de España en la CEE. El entonces ministro de la CEE, Calvo-Sotelo diría: «Hemos parado el golpe.» El «distinto y distante» de las Malvinas.

C.-S. — La información que teníamos decía que el objetivo de Giscard era detener la negociación. Pretendía que su tesis fuera reconocida por la Comunidad. Y eso no lo consiguieron. Se produjo un cambio en el ritmo, pero no una ruptura. Y me pareció que la manera más gráfica de decirlo era lo de «parar el golpe». Separando las frases de su contexto, se entienden mal y a veces se tergiversan.

La frase de las Malvinas respondía a una pregunta referida a nuestra actitud que se me hizo en el campo de Gibraltar. Yo señalé que lo de las Malvinas era algo distinto y lejano además. Ese era el sentido. Que nadie pensara que España iba a actuar como lo hizo Galtieri, con el uso de la fuerza.

Yo creo, no obstante, que el oficio de hacer frases es un oficio peligroso. Se acuñan, se separan de su contexto, adquieren vida propia, se interpretan sin que el autor pueda matizar el alcance y el contenido como yo puedo ahora, y algunas acaban volviéndose contra quien las ingenió.

J. L. G. — Tras el 23-F, junto a los aciertos del presidente del Gobierno —serenización de la vida política, supresión de aquellas terribles crispaciones—, quizá se le hace al presidente una crítica más global, que señala que, a pesar de haber contado con unas condiciones objetivas irrepetibles —una oposición atemorizada por el golpe, una prensa dispuesta a colaborar—, los resultados obtenidos no han estado a la altura histórica que podía presumirse inicialmente...

C.-S. — A mí me parece muy rebuscado convertir las

ro, si apenas salimos del 23-F, cuando ya surgió aquel gravísimo incidente del Banco Central, en el que actuamos con la prensa y la oposición en contra, porque no se conocía la naturaleza exacta de lo que luego resultó ser un simple intento de delinquentes comunes... Yo recibí la presidencia en peores circunstancias que nadie en el último medio siglo de la historia de España. Yo creo que he salido con bien.

«Boutade»

J. L. G. — Hay una frase de Adolfo Suárez...

impresión de estar haciéndolo muy bien. Al contrario, nadie mejor que un presidente del Gobierno sabe cómo la realidad le obliga a alejarse de los ideales, de los proyectos o los programas.

Esa sensación de lo que Françoise Giroud llamaba la «impotencia del poder» yo la he tenido y la he vivido.

Errores

J. L. G. — ¿Cuáles son entonces los errores?

C.-S. — Se me ocurre uno inmediatamente. No me he ocupado de comunicar, en el más ancho sentido de la pa-

era vicepresidente, aunque en algunos casos he variado mi apreciación.

J. L. G. — Volviendo una vez más a los símiles automovilísticos, ¿no es Calvo-Sotelo un hombre excesivamente prudente, un pacífico conductor de utilitarios al que, súbitamente, sientan a los mandos de un vertiginoso fórmula uno?

C.-S. — Quizá agotar las imágenes no sea bueno. Lo que digo es que el país que yo recibí el 23 de febrero no estaba ni para audacias ni para cambios bruscos ni experimentos. Estaba para la seguridad y el sosiego. Y

Gutiérrez — Percibo una cierta sensación de soledad en este ámbito y en este momento...

Calvo-Sotelo — El que manda está siempre solo... En UCD me ha tocado hacer el papel del clavillo del abanico que sujeta todas las varillas

Gutiérrez — Usted tiene fama de pronunciar frases de una notable inoportunidad...

Calvo-Sotelo — Tengo, desde niño, una gran vocación literaria —frustrada— y reconozco una cierta satisfacción cuando se me ocurre una frase especialmente aguda

Gutiérrez — A pesar de haber contado con unas condiciones irrepetibles, los resultados de su gobierno no han estado a la altura histórica que podía presumirse...

Calvo-Sotelo — Eso no se tiene en pie. Yo recibí la presidencia en peores condiciones que nadie durante el último medio siglo de historia de España

condiciones dramáticas en que yo me hice cargo de la Presidencia del Gobierno en circunstancias favorables. Me parece que no se tiene de pie la afirmación de que al hacerme cargo del Gobierno estaba yo en unas condiciones favorables. La oposición estaba, como estuvimos todos unas semanas, bajo la sombra de aquel hecho extraordinariamente grave, la ocupación del Congreso. Pero, muy pronto, las votaciones y debates en la Cámara volvieron a ser a «cara de perro». Y tuvimos que ganar las votaciones una a una, a pulso.

Nada tiene que ver la discusión de la LOAPA, una negociación larga y difícil, con ese dibujo que pretende hacerse de una oposición atemorizada. Si llegamos a un acuerdo es porque la política autonómica del Gobierno convenía o convenía también al partido socialista. En cuanto al Acuerdo Nacional sobre el Empleo, también fueron conversaciones larguísimas y vehementes, y el Gobierno consiguió algo importante, que debería haberse repetido este año, y si no ha sido así es por la coyuntura electoral.

Así que de ninguna manera puedo aceptar que se diga que yo accedía a la presidencia en condiciones favorables.

Y si yo, en aquellos meses —con un golpe reciente aunque fracasado, con los ataques del terrorismo, la gravísima situación económica—, di la impresión de serenidad y de decisión, fue porque yo soy un hombre sereno y decidido, y si la prensa entonces recogió estos rasgos, me parece que no hizo otra cosa que reflejar una realidad. Pe-

C.-S. — Adolfo Suárez hacía, en cambio, pocas frases. No tenía, o no tiene, esa debilidad, esa preferencia que yo tengo por las frases...

J. L. G. — Sí... No, decía que Adolfo Suárez señalaba hace pocas semanas que él no era como el presidente Calvo-Sotelo, que, al parecer, «lo ha hecho todo maravillosamente bien...»

(Aquí, tras el sarcasmo, el gesto de Calvo-Sotelo pierde un tanto la inmovilidad y se hace desdenguado, displicente.)

C.-S. — Sí. He leído este juicio, aunque no creo que llegue a ser un juicio. Es, simplemente, una «boutade». No sé de dónde saca Adolfo Suárez esta idea de que yo creo que lo he hecho todo muy bien. No lo sé. De mis diálogos con él, no. El, que me conoce, sabe que yo soy enormemente autocrítico con mi propia labor. Desde la elaboración de los textos, que corrijo cuando no los redacto personalmente, hasta el análisis de las acciones pasadas y de las decisiones a tomar en el futuro.

(El entrevistador puede dar fe de esta actitud presidencial. Parece como si aquel ocasional oficio de juventud de Leopoldo —corrector de pruebas— estuviera perpetuamente presente en todos sus actos. Me pide ver estas cuartillas antes de que pasen a la imprenta para que sus respuestas tengan los «matices exactos» que él pretendió darles.)

Cuando leí la frase de Adolfo Suárez —continúa Calvo-Sotelo— me vino a la memoria una intervención mía en las Cortes, en la que señalé: «Yo creo que el Gobierno lo ha hecho muy bien...» Pero no tengo yo la

labra, de hablar con la prensa, la radio, la televisión.

J. L. G. — Pues ese parece ser un error general y congénito de la UCD, porque también Suárez se lamenta de lo mismo, cuando habla de aquellos meses aislado aquí, en la Moncloa...

C.-S. — Yo no me he encerrado o aislado en la Moncloa. Yo he salido, he estado fuera. Lo que no he hecho ha sido dedicar el tiempo suficiente para presentar mis actos a la opinión.

J. L. G. — ¿No se podría hablar, ante la ausencia de cambios bruscos, de volantazos en la manera de gobernar, de una cierta timidez, una cierta falta de audacia? ¿No hubiera sido necesario, por ejemplo, un gran cambio de Gobierno que hubiera incorporado caras nuevas, figuras nuevas y no el mismo Gabinete de Suárez?

C.-S. — Respondo a los dos puntos. Volantazos: ni en automóvil ni en el Gobierno me gustan. No es la forma de conducir ni un coche ni un país. Esto no quiere decir que no haya gobernado con firmeza.

En cuanto al Gobierno que yo hice, vuelvo a recordar la situación: el golpe, el vacío de poder, etcétera. Dos días después del 23-F se votaba mi investidura. No creí oportuno prolongar la situación de zozobra con la elaboración de un nuevo Gabinete, que hubiera requerido muchos días de preparación. Yo me propuse cerrar la crisis lo más rápidamente posible. Esta fue la razón fundamental. Y hay una segunda razón: yo estimaba mucho a las personas que formaban aquel Gobierno, del cual yo

creo que yo supe interpretar los deseos del país. Ahora, cuando tal actitud ya ha tenido sus efectos positivos, podría hablarse de audacias o de volantazos. Si las elecciones no estuvieran encima, y a mí me quedasen dos años de gobierno por delante, le aseguro que mi comportamiento hubiera sido muy distinto. Pero creo que aquí olvidamos de aquellos momentos en los que nadie daba un duro por la democracia española.

Militares

J. L. G. — Cuestión militar: las famosas frases sobre el final de la transición, la sombra del golpe que ya no existe...

C.-S. — Yo creo que son niveles distintos. Yo creo que la transición —entendida como el paso de un régimen dictatorial a una democracia— está terminada. No lo está la construcción del nuevo Estado, que exigirá un plazo más largo.

J. L. G. — Quería decir que esas actitudes rebeldes tienen su origen en fenómenos más propios de la situación anterior más que de la democracia...

C.-S. — En el momento que me hago cargo de la presidencia, el gran cambio estaba ya hecho. Esa afirmación de la sombra del golpe es también cierta. El descubrimiento de una nueva intención no es más que un éxito del Gobierno y de sus servicios de información. No estamos ahora como en la primavera del año pasado.

J. L. G. — Pero uno de los «ítems» electorales es el intento de golpe. Incluso un ministro del Gobierno ha di-

cho frases equívocas sobre Fraga, diciendo que tiene «un pie aquí y otro allá».

C.-S. — Efectivamente. Pero todo el mundo sabe ahora que no va a ver otro 23-F. Y yo tengo la más absoluta seguridad. En este momento, todos tenemos la tranquilidad de saber que el Ejército está en su sitio, ha hecho manifestaciones inequívocas de su sumisión a la Constitución y su obediencia al Gobierno. Podrá haber algunos tenientes coroneles que se dediquen, insensatamente, a escribir sobre un proyecto de golpe de Estado. Pero vayamos a otros temas,

C.-S. — A mi juicio, totalmente injustas. Pero como no existe una prensa dedicada a pedirle cuentas a la prensa, porque a la prensa nadie le pide cuentas, pues quedan impunes una serie de afirmaciones que después la propia realidad desmiente. Por ejemplo: Yo he tenido que soportar reiteradamente la tesis de algunos medios de que aquí no se iba a celebrar nunca el juicio. Y luego lo ha habido. Se inicia el juicio, y lo mismo. Aquí no va a haber una sentencia, dado el clima de la sala, etcétera. Y hubo sentencia, que puede ser discutible, pero el Gobierno no

zadísima de dos generales que al tomar posesión de sus cargos se manifiestan inequívocamente leales al poder civil, a la Constitución, al Gobierno, creo que la situación militar es buena, que no es ni mucho menos ¡la de hace veinte meses.

J. L. G. — Pero el propio recurso del Gobierno contra la sentencia es quizá la constatación de los errores previos por parte de ese mismo Gobierno...

C.-S. — La sentencia ha sido muy discutida, pero el Gobierno no la ha discutido. La ha recurrido. Y nadie le podrá negar la ejemplaridad

ese viejo fatalismo hispano, que está en la calle, de verlo todo negro...

C.-S. — Si a todos aquellos que han pronosticado tantas desgracias se les pudiera pedir cuentas cuando la realidad ha venido a desmentir sus temores y pronósticos, estaríamos mucho mejor. Creo que la prensa es bastante impune, que hacen a veces profecías que no se cumplen y nadie se lo recuerda. Pero salgamos de este tema militar, que no es objetivamente tan importante como para dedicarle toda la entrevista...

J. L. G. — Para terminar

bierno, que nombra a la JUJEM, no interviene en su nombramiento es una afirmación tan absolutamente ridícula que no merece la pena comentarla.

También recuerdo que la prensa dijo que no éramos capaces de producir un cambio profundo en la cúpula militar. Pues se produjo. Y se hizo de forma impecable, por sorpresa. Nadie lo adivinó. El ministro de Defensa y yo lo preparamos minuciosamente antes, con el mayor sigilo y respeto a las personas.

El Gobierno, por supuesto, hace la modificación de la

Gutiérrez — ¿No se le podría achacar una cierta timidez, una cierta falta de audacia en la forma de gobernar?

Calvo-Sotelo — Ni en el automóvil ni en el Gobierno me gustan los volantazos. No es la forma de conducir, ni un coche, ni un país

Gutiérrez — ¿No hubiera sido necesario un gran cambio de Gobierno con figuras nuevas, en vez del mismo Gabinete de Suárez?

Calvo-Sotelo — Yo estimaba mucho a las personas que formaban aquel Gobierno del que era vicepresidente, aunque en algunos casos he variado mi apreciación

Gutiérrez — Uno de los grandes temas del momento es el intento de golpe

Calvo-Sotelo — Todo el mundo sabe ahora que no va a haber otro 23-F. El Ejército ha producido manifestaciones inequívocas de sumisión constitucional y obediencia al Gobierno

porque creo que al asunto militar no le corresponde objetivamente tanto tiempo de entrevista.

La prensa

J. L. G. — Las acusaciones de debilidad en la política militar del Gobierno, las numerosas críticas...

la discute: se limita a recurrirla. Y se produce el recurso. Y siguen en prisión los responsables.

Si comparamos aquella situación de febrero, en la que el Ejército se conmociona profundamente, con ésta nueva, en la cual se pronuncia a través del Consejo Superior, y de la palabra autori-

en algunas de las penas. En cambio, creo que puede exhibirse, como resultado de una buena política general militar, el actual estado de ánimo que reina en los cuarteles.

J. L. G. — Quizá eso que señalaba usted antes sobre los pronósticos catastrofistas de la prensa se deba a

con él me gustaría, señor presidente, que me desmintiera usted, si es posible, esa creencia que existe en ciertos ambientes, según la cual el Gobierno no interviene para nada en el nombramiento de la nueva Junta de Jefes de Estado Mayor (JUJEM).

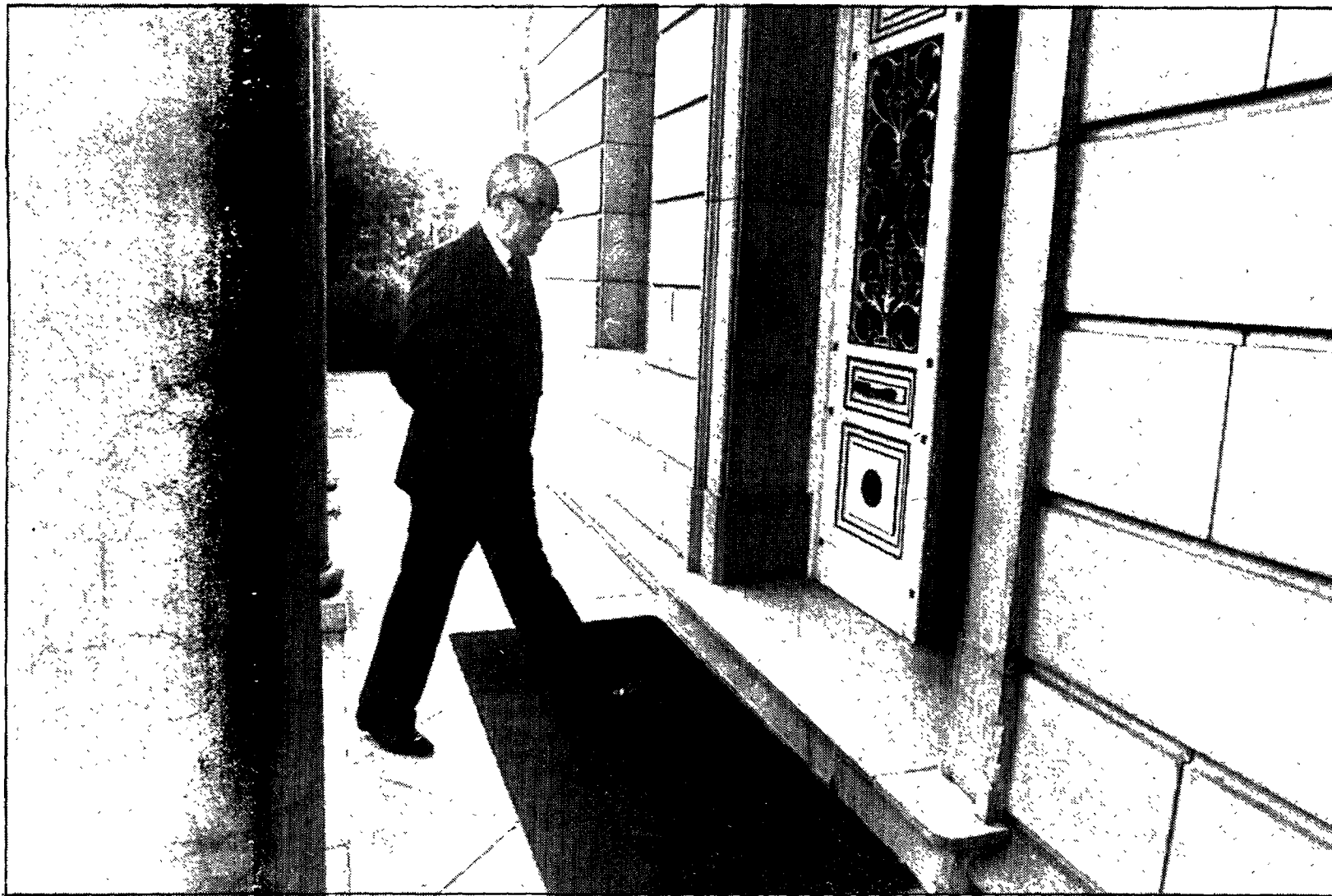
C.-S. — Decir que el Go-

cúpula militar, la prepara y la ejecuta.

Suárez

J. L. G. — Hablamos ahora de la UCD, y del «desertor» Adolfo Suárez...

C.-S. — Esta entrevista transcurre por terrenos minados, me lleva usted a dar un paseo a través de campos de



Apenas sesenta días le quedan al inquilino para cambiar de residencia.

minas; salimos de uno y entramos en otro. Aunque puede que ésa sea la misión de un periodista sagaz... Creo, no obstante, que hay lugares más apacibles para pasear. Pero ya supongo que las buenas noticias no son noticias. Dejemos constancia de ello y adelante.

J. L. G. — Hablando de Adolfo Suárez. Existe una clara y mal reprimida hostilidad en él y en sus colaboradores hacia el presidente Calvo-Sotelo...

C.-S. — Si yo he podido también advertir eso. Saber lo me produjo una gran sorpresa y un cierto dolor. Des-

telectuales y me refería no a mi antecesor, sino a mí mismo, a la imposibilidad de leer en el ejercicio de la presidencia, el oficio de presidente tiene más teléfonos que libros. Este es el verdadero sentido de la frase. Los teléfonos le han ganado la batalla a los libros. Naturalmente, aquí hay muchos teléfonos, porque un político se gana la vida electrónicamente, entre teléfonos y micrófonos.

J. L. G. — ¿Y aquella metáfora del convento, ante el grupo parlamentario, de la madre Margarita?

(Calvo-Sotelo, tras tomar

Gutiérrez — Las acusaciones de debilidad en la política militar del gobierno, las numerosas críticas...

Calvo-Sotelo —

Totalmente injustas. Como no existe una prensa dedicada a pedirle cuentas a la prensa, pues quedan impunes una serie de afirmaciones que después la realidad desmiente



de el momento en que regresó de aquellas vacaciones que tuvo de un mes en América tras los sucesos del 23-F, yo le he llamado sistemáticamente para hablar, incluso con la debida delicadeza le pedía que eligiera el lugar donde quería que nos viéramos. He hablado con él con más claridad de la que pudiera tener con mis propios ministros. Quizá he cometido errores, y he herido, sin yo Tsaberlo.

J. L. G. — Acaso la famosa política de gestos no le gustó demasiado, su propio perfil un tanto culterano...

C.-S. — Naturalmente que somos personas muy distintas. Lo que yo puedo decir es que no me he movido nunca por un deseo de distinguirme de mi antecesor. Cuando me ha parecido que tenía algo que hacer, lo he hecho, sin pararme a pensar lo que hubiera hecho mi antecesor.

Quizá en Suárez exista una especie de «complejo de Rebeca», pero a la inversa; es decir, que si en aquella película la sombra de la antecesora pesaba como una losa sobre la sucesora, aquí quizá no la sombra, sino la realidad del sucesor, proyecta su sombra sobre el antecesor, no lo sé.

«Rebeca»

Yo no seré siempre presidente, algún día habrá otro, y entonces se pondrá a prueba mi propio temple. Yo pienso que nunca tendré «complejo de Rebeca», ni al derecho ni al revés.

J. L. G. — Hombre, quizá aquello de que en Moncloa había más teléfonos que libros...

C.-S. — No. No fue así. Yo hice aquel comentario en la entrega de unos premios in-

posesión, se reunió con los parlamentarios centristas y les contó la historia de la madre Margarita, superiora de un convento, que un día murió, y su sucesora comenzó su mandato diciendo: «Tal como hubiera hecho la recordada madre Margarita, hoy haremos esto...» Y así todos los días. Después de un año, aquel convento no se parecía en nada al que regentaba la madre Margarita.)

C.-S. — Es lo mismo que el de «el volantazo». Quizás mi sangre gallega me hace ser cauto, y por ello me acordé de aquella anecdota, para hablar del centro, de su esencia reformista, no rupturista. Porque el país que UCD gobierna ahora no tiene nada que ver con el país que recibió. Esa es la esencia del cambio, la moderación. Hay que tener la piel muy escocida para darse por aludido.

UCD

J. L. G. — ¿No ha tenido usted una conducta zigzagueante en UCD? Presidente del Gobierno, del partido, para después dimitir...

C.-S. — Me importa mucho decir que no. Ha sido simplemente una trayectoria de ida y vuelta

De todos los fieles a Suárez, y yo era uno de ellos, yo fui el que más insistió para que Suárez no abandonara la presidencia del partido cuando vi que su decisión de abandonar el Gobierno era firme. Dejó la presidencia de UCD y la dejó en unas manos que no eran las que yo hubiera preferido para el partido; yo hubiera aceptado las de Suárez, pero acepté con más dificultad las que salieron del congreso de Palma. Y creo que no necesito extenderme más y que todo el mundo entenderá mis razones.

¿Qué sucedía? Pues una situación de incomodidad creciente. Se pretendía, desde los órganos colegiados del partido, un control sobre las actividades del Gobierno, y hubo dos o tres casos en los que se me exigía que llevara la discusión de un problema al comité ejecutivo del partido antes de tratarlo en el Consejo de Ministros. Esto era difícilmente aceptable para mí y para mis colaboradores. De ahí nació lo que desde la prensa, insistentemente, se llamaba el desembarco. Entonces yo, bien a mi pesar,

«efecto devolutivo», tengo que decir aquí, con todo el respeto para Landelino Lavilla, que la argucia de jurista que supone el citado «efecto devolutivo», políticamente no se tiene en pie. Nunca me preocupó. Esa puede ser una cláusula eficaz en un contrato mercantil, pero no en una operación política. Nunca actué condicionado por aquel temor. Porque, además, nunca me hubiera importado asumir nuevamente la responsabilidad del partido, si el partido me lo hubiera pedido.

He visto a un Manuel Fraga, dominando sus propios impulsos, tal vez más brillante que otros, pero asomando en algunos momentos las dificultades a que le conduce su propio temperamento. He visto a Landelino Lavilla, con una gran claridad de exposición, muy dueño de la entrevista, mandando en ella, conduciéndola bien. Es posible que, a veces, de forma excesivamente doctoral, pero yo creo que la claridad y la precisión son virtudes que el político le debe siempre a sus electores, y prefiero

hay un momento en el que Felipe González dice que con quien quiere debatirse es con el presidente del Gobierno. Yo, con toda naturalidad, respondo que estoy a su disposición donde quiera y como quiera. Y que naturalmente deberíamos hablar no sólo de mi gestión, sino también del programa del PSOE, que pretende ser un programa de gobierno.

J. L. G. — ¿Se va a producir el debate?

C.-S. — A mí, desde luego, me apetece, porque yo tengo un talante muy dia-

grave como la actitud golpista. Yo, desde luego, aunque me invite Fraga, no estoy dispuesto a esa actitud de comprensión.

J. L. G. — Acabemos ya, presidente, con una pregunta más personal. ¿Cómo es Leopoldo Calvo-Sotelo el político? ¿No se trata de un líder un poco «ancien regime» —y no estoy lógicamente hablando de franquismo— con unos métodos y un estilo quizá un poco periclitados?

C.-S. — No he oído nunca eso. Confieso que he ol-

y, la improvisación, entonces sí, soy un político «ancien regime».

J. L. G. — Bueno, señor presidente, yo me refería un poco a aquellos políticos, aquellos parlamentarios de brillante retórica...

C.-S. — Levanto la mano otra vez. Yo no tengo —y me gustaría— las condiciones para el ejercicio de la retórica. Felipe González, por ejemplo, es mucho más retórico que yo. Felipe González puede subirse a una tribuna y hablar durante largos periodos de tiempo sin decir casi nada. Yo soy in-



Gutiérrez — Existe una clara hostilidad de Adolfo Suárez hacia el presidente Calvo-Sotelo
Calvo-Sotelo — Yo también he podido advertir eso y saberlo me produjo una gran sorpresa y un cierto dolor

Gutiérrez — Quizá a Suárez no le guste demasiado su famosa política de gestos, su perfil culterano...
Calvo-Sotelo — Quizá en Suárez exista un «complejo de Rebeca», pero a la inversa, y aquí quizá la realidad del sucesor proyecte su sombra sobre el sucedido...

Gutiérrez — Algunos esperaban que Calvo-Sotelo fuera el defensor de las tesis de la «mayoría natural» dentro de UCD y, sin embargo, no fue así...
Calvo-Sotelo — El discurso más hostil en mi investidura fue el de Fraga. Si la «mayoría natural» era conceptualmente posible, él la rompió



me propuse ocupar la presidencia del partido.

Me ocupé activamente, como presidente del partido, de la campaña en las elecciones andaluzas. Recorrí todas las provincias. Me comprometí con aquella aventura. Los resultados fueron muy malos para UCD. Y a mí me pareció que, ante tales resultados, tenía que poner mi presidencia encima de la mesa, a disposición del partido. Y en ese momento, como me parecía peligroso abrir un vacío de poder en el partido, propuse al comité ejecutivo la toma en consideración como sucesor a Landelino Lavilla.

J. L. G. — Más adelante, cuando se debatía en el seno de UCD la cuestión de la «mayoría natural», se esperaba, por algunos, que Calvo-Sotelo fuera el defensor decisivo de esta hipótesis. Y al final no ocurrió así. ¿No sería que no se atrevió a enfrentarse a la responsabilidad de tener que hacerse cargo nuevamente de la presidencia del partido, ante la amenaza de Landelino de poner en marcha el «efecto devolutivo» y dimitir si se hacía la mayoría con Fraga?

C.-S. — Invito a que se me enseñe algún signo o declaración mía que indique una sola tendencia a la «mayoría natural». En el momento de mi investidura, el discurso más hiriente, más hostil, que recibí no es el del PCE ni el del PSOE, es el de Fraga. Tan agresivo fue que es la única intervención que yo no contesté. La «mayoría natural», si era algo conceptualmente posible, la rompe Fraga entonces.

En cuanto al temor al

Por otra parte, cuando tras las elecciones andaluzas, Fraga viene a verme, yo le contesto que ni mi partido ni yo estamos a favor de la «mayoría natural». ¿De dónde sale la tesis ésa entonces? ¿Quién hace semejante proceso de intenciones?

La campaña

J. L. G. — Con respecto a las elecciones, ¿cómo valora su desarrollo y las sucesivas apariciones de los líderes en Televisión Española?

C.-S. — La campaña se desarrolla con normalidad. Va haciéndose más vehemente y ágrica a medida que se aproxima el 28-O, pero esto es también normal.

En cuanto a las entrevistas de los líderes en TV, debo decir, situándome como espectador —al fin y al cabo yo no encabezé ninguna lista—, que no me parecieron en conjunto de gran calidad, porque creo que España merece unos dirigentes capaces de mayor concreción, mayor brillantez, de mayor compromiso, cuando ante las cámaras unos periodistas les interrogan. Yo he visto a dos personas —Adolfo Suárez y Felipe González— muy parecidas en tono y estilo, con muy poca precisión conceptual, sin entrar de verdad en los problemas, confiando más en sus dotes personales de simpatía y atractivo que en los argumentos o en la solidez de las posiciones.

He visto a un Santiago Carrillo que, si mantiene en el análisis el rigor propio de un partido marxista, no mantiene en cambio la vehemencia y la capacidad de convicción que en otros momentos tuvo.

eso, aunque sea tachado de academicismo, al diálogo simpático, que casi es una tertulia, en la que lo que más cuenta son los rasgos temperamentales y en la que no se intenta afinar ni comprometerse.

Y hago estas observaciones, situándome fuera de este juego, no como presidente del Gobierno, sino como Leopoldo Calvo-Sotelo, observador de la política.

Debates

J. L. G. — ¿Y este asunto de los debates? ¿No está pareciendo aquí que el presidente del Gobierno es Felipe González?

C.-S. — No. Naturalmente, Felipe González intenta hacer de todo arma en su favor en la campaña.

En lo que a mí respecta, yo he estado silencioso, pero

léctico, pero no olvido que yo no soy uno de los caballos que participan en primera línea de carrera. Pero yo estoy dispuesto a responder de mi Gobierno ante la opinión pública, a través de un debate con el líder de la oposición.

Fraga y el golpe

J. L. G. — ¿Y qué opina el presidente del Gobierno de la actitud de Fraga, en la Diputación Permanente, con respecto al último intento de golpe? Porque en este asunto ha habido una cierta controversia...

C.-S. — Hubo un momento en que, me pareció que lo que Fraga hacía era una invitación a todos para que comprendiéramos la actitud de los golpistas. Y eso, a mi juicio, no es aceptable. A mí me parece grave pedir comprensión para algo que en sí mismo es tan

capaz de subir a una tribuna y no decir nada. A mí eso de Felipe González me parece, y lo digo casi sin ironía, admirable. Eso de subir a un pódium con gestos oratorios ampulosos, con enorme énfasis, para no decir absolutamente nada, tiene su mérito. Yo, en cambio, procuro ser sobrio.

Una seriedad. La tengo, y la he tenido siempre. ¿Qué más se me atribuye? Una falta de concesiones a la galería. Ni las he hecho nunca, ni las haré. Probablemente he comenzado a ocuparme de la política activa a una edad en la cual ya no se cambia. Se me ha dicho que a veces he tardado en tomar decisiones (aunque también, a veces, se me ha dicho que las he tomado demasiado deprisa, como cuando sustituí a Fernández Ordóñez). Es verdad que soy persona acostumbrada, por formación profesional, a decidir con el mayor número posible de elementos en la mano.

Si para ser moderno hay que apoyarse en la ligereza

J. L. G. — Pero, ¿es usted consciente, en todo momento, de ser un empleado, un asalariado de toda esa gente que hay ahí afuera?

C.-S. — Hombre, de asalariado, poco, porque ya se sabe que la política no da dinero. Digamos servidor de los treinta y ocho millones de españoles, por supuesto. Si no lo supiera, no habría podido soportar la dureza de mi vida como presidente del Gobierno...

Fotos: Enrique CANO



El periodista mantiene un diálogo inesperadamente desinhibido con un presidente jovial, hasta risueño.